

El Uso en la Lingüística

Por Fernando Antonio MARTINEZ

Sucede que a un gran movimiento ideológico o científico suele seguir una etapa de decrecimiento en el esfuerzo y a veces su total extinción. Por una razón u otra, el fenómeno se da en todos los órdenes de la actividad humana; pero el juicio sobre él no recae con justificación plena y a lo sumo se le alude con inusitada superficialidad. Ahora bien; un juicio de valor es necesario en el examen de cualquier movimiento cultural; y si aquél está cruzado de sentido, entonces renueva las viejas cuestiones, establece, por sí mismo, una corriente de vitalidad que va de las raíces mismas al tronco desecado. Así pueden, en el ámbito histórico, originarse procesos culturales, secundarios talvez, pero siempre cargados de resonante voluntad cognoscitiva.

A mediados del siglo pasado, Colombia asistió a un florecimiento de índole científica e ideológica que se ha convertido para la Nación, bien justificadamente por cierto, en la piedra de toque como país poseedor de cultura. Ese movimiento—hay que decirlo—no era originariamente terrígena. Unos pocos hombres, con verdadero carácter de Apóstoles, ya que eran casi desheredados y tenían, además, el dón de la fé inquebrantable, lo trajeron en alas de su pródiga consagración al saber, no sin dejar en claro su parentesco y filiación con las ideas y la ciencia europeas. Había entonces menos soberbia. Someterse al influjo exterior de buen grado y con razones; buscar en lo extraño y exótico una orientación sabiamente justificada, y aceptar, ahondándolo, el dominio que necesariamente imponen los espíritus superiores, era un título al sencillo reconocimiento del valor personal. También había entonces menos vanidad. E infortunadamente la vanidad ha crecido mientras decrece el auténtico valor individual. Gozamos con la contemplación del haber, pero se ha acrecentado?

Salvo contadas, aunque diligentes y expresivas excepciones, la respuesta es precisa. Y no obstante, la exploración de aquellos espíritus—de los cuales uno celebra ahora su centenario—de su obra de salvación intelectual, debería ser contemplada y juzgada sin esa vanidad. Tal cosa nos redimiría del celo superfluo y el orgullo sin raíz. Pero qué redención es posible sin la afanosa búsqueda? Preciso es, pues, no dormir hasta tanto raye el alba precursora.

Me ha parecido que un trabajo como éste sobre el uso en la lingüística daba lugar a un ensayo de exploración que, uniendo a

nuestros sumos varones—Summi Viri lo fueron ellos—en un solo y único haz, los agrupaba en torno a una corriente europea de innegable importancia histórica, aunque superada en la actualidad. No sé yo mismo si algún fallo tenga aquí su lugar. Sólo debo advertir que he tratado de comprender una cuestión especialísima, no desde el punto de vista de los maestros aquí glosados, sino desde el mío propio. Y éste, que se me excuse si es demasiada osadía, quiere levantarse sobre los hombros de las dos grandes figuras revolucionarias en la Ciencia del Lenguaje: Benedetto Croce y Karl Vossler.

—I—

EL USO EN LA EVOLUCION GENERAL DE LA LINGÜISTICA

Bibliografía: **J. Cejador**, Introducción a la Ciencia del Lenguaje, Madrid, 1.911. - **B. Croce**: Estética como Ciencia de la Expresión y Lingüística general, Madrid, 1.912. - **Karl Brugmann**: Griechische Grammatik, Einleitung. **F. Stolz**: Lateinische Grammatik, Einleitung. Ambos en el Handbuch der Klassischen Altertums-Wissenschaft, 2 t. Nordlingen, 1.885. - **P. Barth**: Los Estóicos, Madrid, 1.930. - **J. Stenzel**: Filosofía del Lenguaje, Madrid, 1.935. Ediciones de Revista de Occidente. - **Max Müller**: La Stratification du Langage, Paris, 1.869. **Wilhelm von Humboldt**: Werke. Herausgegeben von Albert Leitzmann, Berlin, B. Behr's Verlag, 1.904.

Resulta curioso hasta cierto punto, el que una cuestión como el uso en el lenguaje, haya tendo tan escaso éxito en los estudios de los investigadores y que, sobre todo, se haya detenido en un punto, punto histórico desde luego, que es aceptado de una manera poco precisa y, por lo general dogmáticamente superficial. Auncuando los Antiguos no desconocieron los esfuerzos gramaticales en pró de una estilística que podemos llamar empírica y rudimentaria, es casi imposible, por múltiples razones, que pudieran avistar esta cuestión, mucho más sutil que el simple examen fraseológico, ya que está centrada en la entraña más honda de la lengua y de la complejión lingüística. Pero el sentimiento de ella existía. Y existía porque una evolución idiomática, cualquiera que sea su grado, es necesaria y está implicada en la lengua misma. Es decir, una tradición de formas gramaticales o lexicológicas, digámoslo así, aparece de manera espontánea en el flujo de la creación idiomática. Por consiguiente, cualquiera investigación o intento para explicar lógica o estéticamente dicha creación, oral o escrita, tenía por fuerza que imponer su sentido más efectivo y también más visible; su sentido temporal o histórico, su forma concreta dentro de un período, un género, un estilo individual, el aspecto tradicional que encierran y el cual, desarrollado, va a desembocar en uno cualquiera uso lingüístico. La forma actual, por modo invisible pero necesario, contiene a la forma inactual; y en el examen de las formas, dentro de la estructura expresiva, es, precisamente, donde aflora el ethos de la lengua, así como en el examen de las formas, dentro de la estructura social, es donde aparece el ethos de la vida.

Seguramente la Antigüedad ya había, desde muy temprano, reflexionado sobre la esencia del lenguaje. J. Stenzel cree encontrar en Parménides los orígenes incipientes de una filosofía que, podemos creerlo igualmente, tendría como base los hechos fundamentales del origen y naturaleza que le corresponde. Cejador, siguiendo según parece a Lobeck, atribuye la cuestión **physei-theesei** a Pitágoras, y la cita de Varrón: **Pitagoras Samnius ait omnium rerum initia esse bina**, podría confirmar esta opinión, aunque es más posible que el testimonio del gramático latino aluda a una clasificación lógica y no a una determinación propiamente lingüística (1). Pero de igual modo que en el desarrollo histórico y científico posterior, también allá hubo de tener una primitiva investigación sus vicisitudes, y vicisitudes tales, que dejan ver el paulatino obscurecimiento de las cuestiones en manos del hombre griego. Este rasgo se patentiza aún más por el hecho de que los problemas promovidos por los Sofistas, recogidos por Platón, discutidos entre los Estoicos y, finalmente, distinguidos ocasionalmente por Aristóteles, terminan en un apogeo cada vez más creciente de las sutilezas gramaticales. Por una parte, pues, decadencia del examen filosófico, pero por otra, implantamiento del lenguaje y de su esencia en el horizonte de la reflexión crítica.

La debatida discusión sobre el lenguaje tiene su origen nómica o físicamente, esto es, convencional o naturalmente, no sólo atiene al hecho de su procedencia sino también al de su comportamiento frente a procesos mentales y procesos reales; pero ya se trate de procesos mentales y procesos reales; pero ya se trate de procesos mentales o reales, lo cierto es que la cuestión **nomos y physei** abarca el par de problemas, origen y naturaleza, atendiendo en ésta al lado del funcionamiento singular de la lengua y en aquélla a su génesis y conformación universales (2). Este me parece ser el sentido de aquella clásica discusión de la cual el Cratilo de Platón es la síntesis lograda con un genio admirable. Y en cuanto a Aristóteles, su punto de vista puede explicarse conservando las consecuencias de su doctrina sobre la poesía. La imitación, eje de su construcción al respecto, propende a hallar en las palabras especies mímicas, de una mimesis que, quizás, tiene tanto de teórica o ideal como de realista o positiva y concreta. La afirmación de Croce de que su diferencia entre proposiciones enunciativas y proposiciones que no encierran por ningún modo ninguna fase lógica es un aporte muy valioso a la lingüística por parte de Aristóteles, es, más bien, una idea que toca con la ciencia de lo bello y no con la del lenguaje. A menos que se vea en esta reducción simplísima una aspiración a delimitar el dominio propio de lo no-lógico como un dominio que vale igualmente para lo bello en sí como extra-lógico, caso en el cual el hecho expresivo, siendo eminente y originariamente estético, el filósofo italiano tiene razón. Pero la importancia que reviste Aristóteles hay que desentrañarla de otra idea suya. En la Retórica (3), ha dejado dicho cómo existen hechos que no admiten la expresión

directa, radical, acaso la más cercana a la realidad que nombran; sino que pueden aludírseles con más veladas palabras, con giros equivalentes que disminuyen la fuerza de la expresión ante su objeto verdadero. Por lo tanto, parece que Aristóteles admite de hecho una physis del lenguaje, es decir, una lengua actual subyacente sobre la que es posible después el comportamiento convencional. Además, la idea de Aristóteles se desliza instintivamente en el terreno de los cambios frecuentes de las palabras sobre un mismo contenido mental; se dirige también al hecho de una lengua que se comporta frente a los fenómenos como algo susceptible de variación o modificación; en una palabra, comprende cierta evolución idiomática, al lado de una voluntad de norma gracias a la cual llega a constituirse un verdadero ethos lingüístico, un uso o convención que permita o tolere, según el acuerdo unánime o el gusto y la sensibilidad individual. En este caso, hay ya en Aristóteles, un uso del lenguaje.

Según Diógenes Laercio, Epicuro habría seguido con Heraclito, la creencia de que por y según la naturaleza de los pueblos se origina y es la naturaleza del lenguaje, obedeciendo consecuentemente toda mutación en el sentido a una mutación en la naturaleza de los individuos afectados por el carácter de la nación. Al fin y al cabo, cuestión de naturaleza o Physis y no de convención o nomos (4). Hasta aquí la investigación griega se mantiene en una zona de reflexión sistemática que versa sobre el origen y la forma actual de la lengua. Pero este problema, no obstante, no fue abandonado nunca del todo. Por el contrario, dió lugar a diferencias en el dominio lingüístico, diferencias que tuvieron en apoyo suyo a la filología alejandrina. Pues Alejandría era el gran centro Homérico. Entonces surgió la Gramática que ya fue conscientemente separada de la Lógica para atenderse al clareamiento y la definición última de los textos homéricos, y en contacto con ella el problema del uso se hizo más patente. En el terreno gramatical la disputa de analogistas y anomalistas viene a ser, al mismo tiempo que una variante de la discusión sofista del physis y el nomos, una manera de imponer el criterio con respecto al lenguaje. La analogía, mediante agrupaciones léxicas desinenciales semejantes (nombre, verbo), hacía valer así sus derechos y observaba que cualquier variación (en el texto homérico), había de adjudicarse a un abuso o mal uso, no a la norma o ley natural. La anomalía se fundaba en el hecho en sí de la irregularidad verbal o, mejor, textual, para formular el principio de la anomalía intrínseca, peculiar del lenguaje. El lenguaje, según ella, no se atiene a la norma, (nomos), sino al uso (anomalía) y a la costumbre (ethos, thesis). Con esto, el uso entró de lleno en la Gramática y su formulación se hizo más explícita (5).

Todavía en el terreno gramatical se dió otra disputa; pero ella entraña ya la discusión de los derechos que tenga la gramática para elevarse al rango de ciencia o a conservarse en el plano de simple arte. En esta disputa la gradación de la experiencia hasta el conocimiento epistemológico es aporte decididamente estóico, y se sin-

tetiza en las fórmulas "gramática científica", "gramática empírica", o *teknee* y *empeiria*, con su pleno sabor estoico. Finalmente, los estoicos lanzan esta verdad: existe una zona intermedia entre pensamiento y sonido. Esta zona es el *lékton*, lo dicho, lo que se dice. Pero qué es o a qué fenómeno lingüístico se refiere el *lékton* estoico? En la duda manifestada por Croce, me inclino a aceptar como *lékton* únicamente la significación fónica, la correspondencia del simple sonido y la cosa significada, y nó "la representación lingüística del concepto abstracto" (6).

Con el período gramatical puede decirse que quedaron en Grecia terminadas las exploraciones acerca del lenguaje. Cuando se pasa a Roma, el contacto de civilizaciones origina el contacto de culturas, de las adquisiciones que el pueblo griego había logrado en su honda travesía racionante. Se sabe cómo, en el análisis lingüístico, se cumplió el fenómeno. Dos hechos: la compilación de las tesis gramaticales que tienen su monumento esquemático en la Gramática de Dionisio, por una parte, y la invitación hecha a Crates Mallon para enseñar en Roma, por otra, señalan la época de aceptación de la ciencia del lenguaje por parte de los latinos. En verdad, las clasificaciones dionisianas, ecléticas por naturaleza, fueron, por sus consecuencias, un código de estricta delimitación lingüística; pero indecisas en cuanto a la explicación de la verdadera función del lenguaje y en lo que atañe a su origen y formación, no pudieron dejar en la conciencia de los escritores romanos una doctrina sólidamente constituida y rigurosamente justificada. El temperamento latino, tan de suyo dado a la toma ideológica, no impuso en este caso su savia terrígena. Y así, conformándose en materias de lenguaje con la retórica didáctica de Cicerón (*De Orat.*), con las teorías de Nigidio, con la obra de Varron (*De Ling. Lat.*), con la analogía de César (*De Analogia*), el *De Verborum Significatu* de Verrio Flaco, extractado por Festo (*De Significatione Verborum*) y compendiado en el siglo IX por Pablo Diácono, y con las Instituciones (*Oratoriae Institutiones*) de Quintiliano, incluyendo en esta enumeración las imágenes poéticas de Lucrecio (*De Rer. Nat.*) y la fulgurante metáfora horaciana (*Ad Pis. De Arte Poética*), fue, por sobretodo, un conservador del viejo tesoro helénico.

Después de las Etimologías de San Isidoro, la Lingüística, durante el Renacimiento, adquiere una densidad cada día más notoria que se cifra en lo que se ha llamado la Poliglotia. Pero el aspecto más saliente de este período hasta Leibnitz es la etimología en sentido interpretativo; y así como Dionisio y Prisciano constituyeron la suprema autoridad en el sentido constructivo y ordenador de las clasificaciones gramaticales, asimismo San Isidoro impone a todo el material del Renacimiento, desde el siglo XIII, el rumbo de la exégesis etimológica. El hebreo, que en las Biblias Políglotas desempeñaba el papel fundamental, fue un motivo de aliento poderoso; pero al mismo tiempo, con su sujeción doctrinaria al Cristianismo, desembocó en la exégesis religiosa, lo que produjo enorme desorien-

tación a los etimologistas. Fue Leibnitz quien, abriendo el camino a la lingüística comparada con su Disertación sobre el origen de las Naciones, invocó los procedimientos científicos vigentes para aplicarlos a la ciencia del lenguaje, presintiendo, en cierto modo, la importancia trascendental del método comparativo y llegando, en su búsqueda, del conocimiento espiritual, a adivinar una historia del origen de los pueblos sobre los fundamentos de reales etimologías. Además, del impulso leibnitziano partió la obra más considerable del siglo XVIII: el Catálogo de las Lenguas del desterrado jesuita Hervas. Hervas fue el gran sistematizador de la etimología; no sólo por haber reunido un pasmoso vocabulario de las lenguas, digno de veneración en cualquier época, sino por los principios formales que estatuye como la formación en familias y el desarrollo histórico de los idiomas. Fue también el primero en reparar que el conocimiento del sánscrito era el vértice desde donde había que enfocar la literatura toda de Grecia.

Todavía el campo de las etimologías logró nuevas conquistas; y ello se debió a que el sánscrito, desde la fundación en 1874 de la Sociedad Asiática de Calcuta, logró en poco tiempo, relativamente, alcanzar inusitada preponderancia. A partir de esta fecha la lingüística europea asiste a su más espectacular avance. Ahora bien; qué representa este avance? Representa, ante todo, un escrupuloso deslinde de las ramas parciales de la ciencia; representa, en segundo término, el incremento de la filosofía en la Ciencia del Lenguaje; y, finalmente, la conquista definitiva de las grandes construcciones sistemáticas.

Pero también, a partir de Bopp, se hace más sensible un fenómeno. La Lingüística ya no es, en la búsqueda del genio peculiar de los idiomas, un ensayo filosófico aclaratorio de la esencia. El antiguo ideal griego de una racional investigación de los orígenes mismos del fenómeno expresivo ha pasado a segundo plano, mientras, por el contrario, al auge filosófico se siente más de rechazo y a contrgolpe sobre las cuestiones fundamentales de la lingüística. Solamente el genio de Guillermo Humboldt se abre paso, aislado, en esta muchedumbre compacta de innovaciones y audacias constructivas. Un idealismo lingüístico, de carácter decididamente trascendental, es el que se inaugura con su obra *Ueber die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues*. Esta obra de Humboldt, quien por otra parte se creía con derecho a considerarse discípulo de Bopp, representa en la historia de las investigaciones científicas del lenguaje en Europa el punto de máxima elevación en la labor filosófica de la lingüística moderna. Al mismo tiempo es, por sí misma, una notoria réplica al análisis positivista de Bopp. Pero Humboldt no tuvo todo el éxito que fuera de esperarse. Desde la obra *Conjugations System der Sanscrit Sprache*, cuyos dos ejes centrales son: en morfología la aceptación de la flexión orgánica y en sintaxis las consecuencias del verbo único sustantivo, hasta la *Vergleichende Grammatik* del mismo Bopp, un frío análisis de las palabras erigi-

do en sistema crea el genuino positivismo lingüístico. El análisis experimental y objetivo, y la comparación de unas formas léxicas con otras, son los dos aportes fundamentales de la escuela boppiana, de la cual deriva, además, el arraigo de los idiomas. Dichos aportes dieron cada vez mayor solidez a los fundamentos sistemáticos de la ciencia. Así, con la obra de Bopp y la Gramática Alemana de J. Grimm, se impusieron definitivamente la gramática comparada, basada en la semejanza de términos de lenguas afines, y la gramática histórica, cuya función es el estudio de las variantes y diversidades dialectales de una misma lengua. El positivismo había dejado indudablemente a sus espaldas el genio singular de von Humboldt.

El Compendium der Vergleichende Grammatik der Idogermanischen Sprachen, de Schleicher, abre cronológicamente la segunda mitad del siglo XIX y agudiza la sistematización positivista de las lenguas. Pero hay un nuevo aporte en esta obra: el lenguaje es considerado en su aspecto físico. Como la Física misma, sus leyes se cumplen fatalmente y, además, con una ineludible fuerza naturalista. Pues una lengua tiene también su propia evolución y en cuanto evoluciona constituye un verdadero organismo. El hecho capital en la vida del organismo lingüístico son las leyes fonéticas. La ley fonética cristaliza en formas precisas y rigurosas. El Compendium se hace así la Summa de la morfología comparada. Y tras de este sistematizador de las formas como formas de la vida expresiva organizada, viene el cortejo de los naturalistas decididos (Curtius, Max Muller). Una psicología naturalista desenvuelve sus postulados que se anudan al árbol de la lingüística y del cual las ramas más robustas están representadas por Shcerer, Osthoff y Brugmann. El naturalismo lingüístico era ya un hecho, el hecho más vivo del siglo XIX en la ciencia del lenguaje europea americana. La ciencia, con su ideal de leyes objetivas mecánicas y el positivismo, con su credo inalienable de puros hechos, nutrieron las raíces de la investigación. Esta no pudo contenerse en los límites de la sana observación metodológica y apuntó definitivamente a la expresión de las leyes inexorables de la evolución.

Por dos hechos principales se señalan las grandes construcciones hasta aquí apuntadas: por el hecho de que, tácita o expresamente, se dirigen a historiar las lenguas en la fase de su desarrollo progresivo o estático, y por el no menos visible de la racionalidad de la expresión idiomática. Por una parte, pues, es la morfología o teoría de las formas la que recibe de lleno el golpe de la investigación científica; por otra, y sin desvincularse de la anterior, es el sistema mismo ideológico de la gramática el que soporta una indagación de principios cuyo punto de apoyo reside en el sostenimiento de una gramática lógica, con la identificación de la expresión formulada y el pensamiento. Pero mientras este supuesto vale como postulados general, del que se separan un poco las tendencias a considerar una lingüística general (Allgemeine Sprachlehre) basada en la correspondencia de la lengua universal con la lógica, y una lin-

güística comparada (vergleichende Sprachlehre) fundada en la lengua actual y concreta (7) y mientras ello ocurre con la firme conciencia de que tal identificación explica la naturaleza peculiar e íntima del lenguaje, sucede sin embargo, que la investigación morfológica, histórica y comparativa se sitúa en los lindes de lo experimental e histórico para proporcionar la visión total de las lenguas en su sentido uniforme y en su evolución temporal. La ley lingüística, como expresión de una regularidad de fenómenos, procede de la racionalidad adjudicada al lenguaje tanto como del sistema ideológico que se basa en la estricta objetividad de los hechos.

Antes he indicado cómo solamente el idealismo de Guillermo de Humboldt escapaba a las tendencias dominantes de la época. Siempre hay en él la dirección acusada de un conocimiento filosófico de las lenguas que lo lleva a buscar el origen y la naturaleza de ellas. Ante todo, Humboldt quiere que se las mire en su totalidad (8) y apunta la idea de cómo las particularidades lingüísticas no necesitan ser transmitidas de una nación a otra, sino que—dice él—“naissent partout delles némes” (9). Y aun cuando Humboldt, como cree Croce, todavía en algunos lugares sea partidario de cierta lógica del lenguaje, y aun cuando hable del organismo lingüístico (Organ, Organismus der Sprache) lo que podría hacer pensar en algún residuo de naturalismo, la verdad es que mira tales cosas desde otro punto de vista y descubre siempre, o trata de descubrir, en los fenómenos dados, la esencia del lenguaje (10). Descubre una forma pura (reine Sprachform) y dice que el lenguaje no es solamente un signo de, desvinculado de su pensamiento informativo, sino él mismo el órgano creador del pensamiento (11). El lenguaje, para él, perteneciendo al hombre mismo, no tiene ni reconoce otra fuente que su esencia (12). La palabra surge de una percepción pero no es, ella misma, una copia del objeto en sí, sino de la imagen de éste producida en el alma (13). En el individuo cobra el lenguaje su primera determinación y ésta consume el concepto (14). Hay varios grados a través de los cuales las formas del lenguaje (Sprachformen) se individualizan. El principio individualizador es el mismo: el pensamiento y el lenguaje en una individualidad determinada (15). El lenguaje no puede comprenderse como algo corporal; hay que tomarlo tal como él se vacía en la forma que, también creada por él, tiene, y que es lo que se llama comprender. La forma interna del lenguaje (innere Sprachform) de Humboldt es el principio idealista más fecundo de la moderna filosofía del lenguaje (16).

La filosofía del lenguaje, pues, dejando ahora atrás al positivismo, se ha hecho una ciencia en cierto modo autónoma, como reflexión determinada y sistemática sobre los principios que rigen la expresión y la trascendencia peculiar de los fenómenos lingüísticos. Así, el hecho básico de la identidad entre la creación expresiva originaria y la creación del lenguaje actual (Steinthal) (17) colocándose como el principio funcional de la pura esencia idiomática, acerca cada vez más la naturaleza de la lengua a una consideración teórica

de ella. Y metódicamente también. Porque el sistema filosófico se anuda a la realidad íntima de su objeto siendo éste algo que trasciende el hecho psico-físico expresivo. En este sentido las consideraciones de W. Wundt como aplicación del evolucionismo al hombre y a sus manifestaciones vital-espirituales revela que aún el más sutil esfuerzo positivista para conocer de las formas de la expresión, es insuficiente, por lo menos, en el problema de su génesis y carácter, y que, justamente, rebasando éstos los límites de lo psíquico y de lo físico-fisiológico, han de hallar en una esfera más puramente espiritual su consecuente reflexión filosófica. Por eso todavía antes de la aparición de Karl Vossler una investigación eminentemente filosófica debía abrirse campo. Los Principien der Sprachgeschichte de Hermann Paul revelan, si no en toda su amplitud, al menos sí en las cuestiones más centrales y vivas del lenguaje, que la filosofía, con su sola energía, puede ahondar en la última realidad del idioma. El esfuerzo de Paul aclara mucho y define esta compleja entidad que, rodeada por todos sus flancos de elementos que la apoyan, envuelven o secundan, se separa de ellas sin embargo fundamentalmente.

En este camino el uso del lenguaje ha desaparecido. Los grandes ensayos morfológicos y la metódica aplicación de la filosofía versaron sobre la materia y la esencia de la lengua. Estos dos puntos extremos, explican bajo ciertos aspectos, que el uso fuera en parte descuidado o, lo que es más frecuente, que se le conservara como la norma tradicional aceptada y más o menos vigente en los trabajos de los investigadores. No obstante, es Hermann Paul quien, en este caso, toma una posición filosófica para tratar de explicar a qué se deben los cambios del lenguaje. Su pregunta, en los Principien, dice textualmente: Was ist die eigentliche ursache für die veränderungen des Sprachusus?

—II—

—EL USO EN LA FILOLOGIA COLOMBIANA—

Bibliografía: **M. A. Caro:** Obras Completas, Vol. V. de la Ed. Of. - **M. F. Suárez:** Estudios Gramaticales. Madrid, 1.885, en la Colección de Escritores Castellanos. - **R. J. Cuervo:** Apuntaciones Críticas. Chartres, 1.885. Imprenta de Durand. - Del mismo: Disquisiciones Filológicas. Ed. Of. - **E. Littré:** Dictionnaire de la langue française. París, 1.799. - **A. Bello:** Gramática castellana. París. 1.891. - **Fitzmaurice Kelly:** Historia de la Literatura Española. Traducida del inglés y anotada por A. Bonilla y San Martín. Octava Edic. Madrid.

Para la sesión inaugural de la Academia de la Lengua leyó don Miguel A. Caro el 6 de agosto de 1.881 su discurso Del uso en sus relaciones con el Lenguaje. Caro, talento universal y penetrante, no podía permanecer extraño a una cuestión vital en el lenguaje (18). Comprendía que el uso era como una forma o manera de las lenguas (19) y que debía delimitársele rigurosamente procediendo a las múltiples distinciones a que dá lugar. Valiéndose de su prodi-

giosa memoria y de sus lecturas, no menos vastas que profundas, ensayó ante todo: I^o, mostrar la evidencia permanente y la constancia del problema y II^o, examinarlo en sí mismo bajo diversos aspectos. Así, en los tres primeros capítulos (20) trata: a) una cuestión filosófica, b) opiniones al respecto de humanistas notables: Quintiliano, Cervantes, Fenelón, Littré y Cuervo; c) examen y exposición de doctrinas horacianas. Esta es, como se comprende, la parte menos original de la obra, como que se resume en opiniones extrañas y en el planteo que el problema asumía para Caro. La parte propiamente doctrinal y teórica se halla consignada en los capítulos restantes (21) y que antes he denominado como aspectos del uso en sí. Este fué, condensado en líneas generales, el plan de su valiosa contribución al esclarecimiento del uso en el lenguaje.

Caro dice: Entiéndese por uso más comúnmente, la **forma** que toma una lengua y el curso que lleva en boca de las gentes que la hablan, entregada al instinto natural y a la imitación irreflexiva, y libre de la influencia directa de los libros (22). Ante todo hay que observar que cuando Caro dice que es la **forma**, quiere expresar con ello una modalidad del lenguaje, y como modalidad, cualquier inherente. Por tanto, esta forma no es independiente, sino que se encuentra absorbida en la lengua y ésto se determina por el giro siguiente **que toma**. En otras palabras, Caro subordina la **forma** a la lengua. Pero entonces, qué es la lengua, o mejor, cómo se la entienda funcionalmente con respecto al uso? Se la entiende en un sentido espontáneo, naturalista, pues la redacción misma de Caro no deja lugar a dudas: **curso que lleva en boca de las gentes que la hablan, entregada al instinto natural y a la imitación irreflexiva**. Finalmente, para descartar todo elemento consciente o reflexivo, añade Caro una determinación importante: **libre de la influencia directa de los libros**.

De aquí surge una consecuencia considerable para el sistema del grande humanista: la formación de grupos de lenguaje o diferentes maneras de hablar que se sobreponen, se compenetrán y se tocan. Entre estos grupos de lenguaje dos son los principales: 1^o el lenguaje familiar, cotidiano, que empleamos para darnos a entender, y 2^o, el lenguaje escrito literario, que vive y se trasmite con elocuencia muda, en los libros. El primero vive del uso propiamente dicho, mientras el segundo se conduce por un uso particular o especial. Caro no dice en qué consista el uso propiamente dicho, pero en cambio, ante la necesidad de distinguir entre dos especies de uso deducidas de un uso universal o general, sí enseña que es el uso en el lenguaje escrito: una diferencia profunda con respecto al uso popular, diferencia que obedece a principios ortográficos distintos de la fonética, aunque con ella se conexianan; a artificios retóricos, o sea a la imitación bien entendida de modelos escritos, diferente del ejercicio de la voz mediante la audición de otros sonidos vocales. En medio del lenguaje usual o popular y del escrito o literario se levanta, según Caro, la oratoria que de uno y otro participa (23).

Caro dá también al lenguaje usual tres notas especificativas: la naturalidad, la claridad y la biensonancia. Pero en virtud de qué

la noción del uso en sí escapa al análisis del filólogo? Caro parece responder a esta pregunta aceptando las ideas de Littré (24). El uso contemporáneo se apoya en un uso anterior, éste en otro más antiguo, y así sucesivamente hasta entrar en nebulosas e incógnitas regiones. Ahora bien; toda investigación—son palabras de Caro—parte de un origen secundario. Por manera que la razón en que se apoya el uso, cuando se le explica con arreglo a otro uso anterior, es relativa; y así, caminando siempre en una región intermedia, incapaces de explicar el uso en sus orígenes, como creación, sólo se le puede estudiar en sus desarrollos, como transformación. Esta la causa de la imposibilidad de estudiar el fenómeno del uso en sí (25).

También encuentra allí la razón de las variaciones del uso. Si se le considera con exclusión de los elementos que conserva, observando las formas de que viste al lenguaje modificándolo, se dá entonces con sus cambios en el tiempo. No obstante, las causas de donde proceden estas variaciones no son el uso mismo, sino que, a lo sumo, determinan el valor propio de ciertas prácticas. Como doctrina, propiamente dicha, queda así explicada la naturaleza del uso. En cuanto a sus problemas particulares, son los siguientes: Influencia de los escritores clásicos sobre el uso y Variaciones del uso en el espacio.

Para resolver el primero, separa Caro en el lenguaje lo que justamente pertenece al uso de aquello que los escritores clásicos y su estilo personal le han añadido, lo que hay de anónimo con lo personal, creado o elaborado por el ingenio humano. Pues así se llega a una valoración crítica en cada etapa de la historia de la lengua y se aclaran “los títulos del uso popular y los merecimientos de los artistas literarios” (26). Sin embargo, esta valoración tiende más a fijarse en la evolución de la lengua que en la pura y escueta acción del uso. El caso de lo que dice Valdés en su *Diálogo de la Lengua*, deja pensar cómo no se puede sobrevalorar el influjo de las individualidades. Para la explicación de Caro esto es importante. Si se supone como absoluta la opinión de Valdés, resulta que lo absoluto es también relativo. Juan Valdés está considerado “si nó el primero en absoluto, al menos entre los maestros de la prosa castellana” (27). Aceptado como el tipo de la individualidad creadora, Valdés habría de tenerse por un tipo de carácter secundario; y la prueba está en que si se retrocede en la historia se llega al encuentro del Arcipreste de Hita, por ejemplo. El Arcipreste tendrá más derecho, por tanto, a ser considerado como el verdadero artista creador y Valdés como el escritor transformador. En todo caso, la imposición de las individualidades, en un sentido absoluto, lejos de satisfacer el origen del uso, lo que hace es complicarlo. Así sucede con todos aquellos autores que cita Caro, como Dante, en Italia, y Garcilaso y Luis de León en España. El error no está, aquí, en considerar el influjo de la creación literaria sobre el uso, sino en trasladarla de su aspecto informativo a su racionalización universal. (28).

La influencia de los escritores se verifica en el tiempo; pero el uso también varía en el espacio, de una provincia a otra, de un lugar a otro inmediato. En el momento en que una literatura comienza a deslucir, la expresión común no basta. La anarquía social corre parejas con la confusión de lenguas y el idioma, de rico y noble que era, comienza a descomponerse y muere. Caro presiente aquí el mismo problema de la ruina de la lengua que Cuervo condensó científicamente (29); pero mientras para éste la acción de centros determinados pasa a segundo plano frente al avasallador empuje de la corriente del uso, para aquél ellos son la única barrera salvadora que puede impedir su acción disolvente. De allí la eminente función de las Academias o juntas literarias permanentes que entiendan de las cosas de la lengua distinguiendo, en lo regional, aquello que por su origen y otras condiciones merezca vivir y entrar en el caudal de la lengua para recomendarlo a la adopción general, y aquello que carece de títulos y no ofrece ventajas, para descartarlo del lenguaje literario, y relegarlo a la obscuridad o al olvido. Mas para que todo obedezca a un principio armónico de coordinación, dichas corporaciones deben adherirse razonablemente al principal centro literario de España. Mas esto no basta. No basta tampoco la autoridad de los clásicos, ya que ellos unas veces siguieron el uso y otras se apartaron de él. Preciso es que venga la sanción gramatical. Pero si por circunstancias determinadas ni la Academia ni los Clásicos fueren suficientes a reformar puntos oscuros de la lengua que están en pugna con principios científicos, entonces el escritor debe apartarse no sólo del uso general, sino del uso literario, ladeándose a lo que estime más razonable y perfecto. Sin embargo, tratándose de reformas se requiere la aceptación universal o el consentimiento de todos, para que ellas no encallen ni perturben o desconcierten, ni dejen paso a innovaciones más audaces o absurdas, en todo caso demoralizadoras (30).

Debe regir igualmente para el uso la lógica. En este aspecto Caro vuelve a utilizar a Littré y recomienda el parecer de Coleridge, juzgando de lo inmaterial y traslaticio en relación con la oportunidad y propiedad, con el estilo recto y material (31).

Finalmente sobre el uso, considerado en su órbita espacial, actúa la costumbre. Esta es de aquellas ideas propias de Caro y de su mentalidad ordenadora. Allí donde hay un principio moral exagerado o disolvente, el estilo, que es el hombre según la sabia expresión de Buffon, se hace amanerado o falso, provocando vicios en el lenguaje; y como la corriente del uso pone en marcha inevitablemente el giro admitido a espaldas de la ciencia, puede pensarse en las funestas consecuencias a que tal cosa conduce.

Por último, el tratado del uso en sus relaciones con el lenguaje examina el más delicado aspecto que presenta con relación a la filología. Es precisamente su deber ser, su devenir en la historia de la lengua. Ya hablando de las doctrinas horacianas había repudiado la razón despótica del uso "*arbitrium et ius et norma loquendi*",

advirtiendo la fascinación que han producido los versos del poeta latino en el pensamiento de filólogos y humanistas modernos. "Confieso—dice en otro lugar—que he extrañado la autoridad que se atribuye a una entidad impersonal y despótica". Pues bien; rectificada la horaciana doctrina era necesario, una vez abolida su despótica autoridad, comprenderlo bajo otro aspecto y justificarlo. Caro sugiere la manera como el uso debe comportarse en el futuro de la lengua y para cumplir su propósito se dirige al descubrimiento de las leyes que rigen su organismo. Una de estas leyes es el acento prosódico originario para todas las lenguas romances. Por la constancia de aquel acento, pueden las palabras ser reconocidas en su travesía secular. La acepción metafórica, la sinonimia, se aclaran a la luz de la etimología. De esta aceptación de las leyes puede pasarse a imponer principios generales válidos para cualquier momento de la evolución lingüística. Caro llegó así a coronar su teoría. La función más trascendental del uso es la unidad que imparte a la lengua, una unidad esencialmente teórica. Determinados ciertos principios por la filología y señaladas las peculiaridades del lenguaje y el estilo de los escritores clásicos por la gramática, dicha unidad se hace patente si se observan los siguientes razonamientos: Iº; el respeto a la etimología, auxiliada por la ortografía, que impide la descomposición de la lengua. IIº; las nomenclaturas científicas, fundadas en la etimología, que dan cabida a nombres técnicos. IIIº; razones de orden gramatical y retórico que mejoran la sintaxis. IVº; la lógica, que rige el pensamiento en sus más atrevidos giros y en sus más desembarazadas manifestaciones, poniendo un dique a hipérboles violentas y a metáforas absurdas (32).

X X X X

El año de 1881 el señor don Marco Fidel Suárez presentó, en ocasión memorable, un Ensayo Crítico sobre la Gramática de don Andrés Bello, primer filólogo americano y, años más tarde, fundándose sobre el primero, compuso sus Estudios Gramaticales en los que amplía y completa sus puntos de vista, lo que justifica el nuevo título (33). En dichos Estudios, al tratarse del uso en el lenguaje, se introdujo una nota característica: la del uso erudito que puede, en cierto modo, oponerse a la del uso doctrinario de Caro. Los antecedentes y la exposición de Suárez pueden resumirse así:

Las lenguas romances, derivadas de la latina, siguieron gramaticalmente las prácticas de las lenguas sabias, representadas especialmente en Dionisio Tracio, Donato, y Prisciano en particular. Este período se caracteriza por una forma más bien artística. Pero esta forma, que es una adaptación violenta dado que los idiomas modernos no carecían de genio especial, trajo el inconveniente de ser demasiado artificiosa, como que el método seguido por las inteligencias fue sobretodo imitativo. De aquí la determinación del período en referencia, que es la de lo especulativo y no lo experimental.

El primer análisis de un idioma tiene por causa, probablemente, la necesidad de enseñar un idioma extraño. De la misma manera, el estudio más o menos general de las lenguas ha sido parte para que, en época reciente, las lenguas sean clasificadas. Una de las ventajas que ha traído esta clasificación es la de que, observando las semejanzas y diferencias que separan los innumerables ramos del habla, ha permitido ver la falta de absoluto fundamento para aplicar a un idioma la gramática propia de otro. Así se ha logrado sustituir el viejo método especulativo y artístico por uno experimental y científico.

La tradición de los estudios lingüísticos en España parte del reinado de los Reyes Católicos con Antonio de Lebrija, aunque es de suponerse que la afición tenía anteriores cultivadores en las antiguas colecciones de refranes. Los reinados de Carlos I^o y de los Felipes—época de mayor esplendor para la lengua—no dejan decaer esta tradición; por el contrario, los estudios gramaticales aumentan en manos de López de Velasco, Aldrete, Covarrubias y otros. Mas al llegar el siglo XVIII—época de la decadencia—la necesidad de cultivar el lenguaje para devolverle su antiguo y perdido esplendor, sube de punto y entonces se origina el apogeo de la lingüística. Es la época de la real Academia Española, del Diccionario y de Salvá. Con todo, el sistema reinante fue el tradicional y es en vano pretender encontrar allí el análisis científico del idioma.

Todo vino a cambiar con la aparición de la Gramática de Bello en 1.847, cuyas doctrinas “fueron pronto corrientes en los pueblos de la América española”. El ilustre americano, según sus palabras, llevó a término la alta empresa de reformar, de reconstruir por completo el edificio de la gramática castellana (34). En esta labor guiaron a Bello, al parecer de Suárez, tres criterios: el estudio del castellano en sí mismo, el estudio del lenguaje experimentalmente o parte filológica, y el del uso erudito o análisis crítico (35). El uso es considerado de la siguiente manera:

Para Suárez una de las ventajas más grandes que tiene el uso en la acepción acogida por Bello, es la de que imprime a la lengua un carácter claro y preciso (36). Al examinar la definición del autor de la Gramática sobre qué sea ésta, repara en primer lugar, en su anterior existencia (37), y en segundo, los principios en ella contenidos que son: A) el gramático o el filólogo no debe forjar teorías o reglas o priro para ajustar a ellas el lenguaje, sino estudiar y clasificar los hechos y de allí deducir la teoría; B) el uso que la gramática ha de exponer no es un uso cualquiera sino uno muy determinado, que es el de los doctos. De lo cual se deriva que el lenguaje difiere radicalmente: I^o del Arte, II^o, de la ciencia; por lo cual: a) el lenguaje no se dirige por la lógica, distintivo de la ciencia y b) tampoco por el arte simplemente, cuya esencia es progresar y tender hacia la unidad como todos los inventos humanos. El progreso que origina esta unidad es, según nota de Suárez, no el literario sino el que radica en la íntima perfección del idioma (38).

Inmediatamente después, Suárez se plantea la cuestión siguiente: Es tendencia natural del lenguaje el separarse y fraccionarse en diversos usos; y cuál será la tarea de la gramática en presencia de este fenómeno? Se ofrecen dos respuestas: el estudio y la comparación de las leyes de desarrollo del uso que, si ocultas, no por eso dejan de existir; y la aprobación, de entre los usos, el que, por reunir ciertos caracteres, merezca preferirse. Realiza lo primero la gramática en su calidad de ciencia y lo segundo en su categoría de arte. Sólo de esta manera la corrupción del idioma, sobre el cual parece pesar la maldición del Señor, puede diferir el inevitable cataclismo. Mas a esta preferencia por cierto y determinado uso debe anirse el imperio de la autoridad; porque, son sus palabras, suprimido este único principio de unidad, el idioma se divide y forzosamente se arruina (39).

Asentándose en el pensamiento de Bello, Suárez determina qué uso es el que debe aceptarse como árbitro en materia de lenguaje. Para ello debe él poseer estas cualidades: uniformidad, elegancia y perfección. Bello había escrito: Se prefiere el uso de las personas bien educadas, porque es el más uniforme en las varias provincias que hablan una misma lengua (40). Ahora bien; esto equivale a quitarle todo fundamento científico al uso para sustituirlo por razones de utilidad y conveniencia (41). Y no obstante, el autor de los Sueños se pregunta: qué es lo que Bello entiende por el uso de la gente bien educada? Porque, a no dudarlo, el término es muy general y puede ocasionar desvíos en su interpretación. Si se tiene en cuenta lo ya dicho de cómo con Suárez se acentúa la nota del uso erudito, se comprende la respuesta que dá a la pregunta formulada. El uso aclamado por Bello como criterio gramatical tiene que ser el de los autores que cita en apoyo de sus doctrinas. Es decir, se puede indicar ya, es el uso basado en la historia del lenguaje y dentro de la historia, los períodos de mayor fuerza creadora. Decía un escritor francés a quien atraían las glorias romanas con impetuoso ímpetu, que hay un momento para las literaturas, momento tardío y corto, en el cual las lenguas, pulidas y ductilizadas por el ejercicio, se prestan a la expresión más viva y más justa de concepciones en sí mismas, elaboradas por el largo trabajo de los espíritus (42). Decía esto el autor de los Estudios sobre la poesía latina para mostrar cómo lo que aparece con el matiz de la concepción artística en los dos más grandes poetas del Lacio, es simplemente la resultante de la evolución de la lengua y de la obra espiritual de los escritores precedentes. De igual modo, hay para Suárez un momento en la lengua española, momento fugaz, aunque majestuoso de plenitud, en el cual, coincidiendo la perfección plástica del idioma con la madurez de los espíritus, éstos gozan de una libertad sin oposición para imprimir en él un uso determinado preferible. Pero fuera de este momento, cuya esencia parece agotarse por su propio poder, la libertad de los espíritus merma, muy especialmente si se presentan síntomas o indicios de decadencia. Entonces el ingenio humano flaquea en su ins-

tinto creador, y, aguzando su sentido crítico, depone su facultad artística para elevarse al análisis. Así surgen los gramáticos, cuya labor tiene que ser por fuerza más conservadora que progresiva (43). Y en este sentido conservador de los gramáticos, nada tan fácil como recurrir a la arqueología de la lengua. El arcaísmo se hace así actual, y el valor y la significación que con ello se le da al uso vivificándolo, toma también una función vital en el lenguaje, haciendo que predomine la expresión pasada, en cuanto pasada, sobre la expresión moderna en cuanto incorrecta gramaticalmente. Por ejemplo: debe prevalecer la expresión **tanto más que** de Mariana, antigua y pura construcción, sobre **tanto más cuanto que**, moderna y pleonástica. En general, han de predominar los tradicionales giros sintácticos frente a las novísimas invenciones del espíritu y los aires renovadores de la expresión actual. Todavía Suárez pide otro recurso más para definir el uso. Pide que sea razonado. Al uso que tiene razones valederas por sí mismas, al uso que goza de aceptación en virtud de la antigüedad, ha de agregarse la razón teórica. Quintiliano había escrito: **Sermo constat ratione, vetustate, auctoritate, consuetudine**. Es la razón de Quintiliano la que exige Suárez como garantía del uso (44). Sin ella éste se convertirá en abuso. El comentador de Bello recuerda esta frase del español autor de la Minerva: **usus porro sine ratione non movetur; alioquin abusus, non usus, dicendus erit**. De donde deduce Suárez que las autoridades cardinales y primarias en gramática, fuente del buen decir y que Bello considera importantísimas, son la autoridad y la lógica. Autoridad de la razón y lógica de la razón, podría comentarse.

Hasta ahora, puede decirse, la enseñanza que más privó en cuanto al uso, tanto por lo que hace a Caro como por lo que respecta a Suárez, fue la de Bello. Este se constituyó en el maestro por excelencia, sin que por eso dejaran de rectificarlo oportunamente. Cuando Caro acepta las normas de Littré es fácil adivinar que, a vuelta del hecho mismo, palpitan las ideas del sabio americano; y de la misma manera, al abrir las Apuntaciones Críticas sobre el lenguaje bogotano, se encuentra la supremacía en las tesis de éste. Pero además de lo que en el sistema de Cuervo hay del de Bello, rige para su propósito del uso en el lenguaje aquel principio de Puigblanch según el cual los americanos, si quieren poseer un habla uniforme, deben hacer el sacrificio de atenerse al de Castilla como a centro de unidad. Este principio, unido a los otros sentados por Bello, guió a Cuervo en la realización de casi toda su obra de lingüística; porque—véalo bien,—en separándose el idioma de principios o leyes teóricas (gramática científica, filología) y desligándose de las normas prácticas del lenguaje castellano (uniformidad y unidad nacionales), la lengua del Cid y de Cervantes tendría que fraccionarse irremediablemente en las repúblicas americanas. Y si, como hay testimonios, siempre lo agitó semejante problema, puede decirse que su magna labor se enderezó no sólo a un orden de investigaciones puramente científicas, sino también a una esfera de indudable con-

tenido práctico hecha de las realidades más tangibles del idioma. Así, pues, un principio teórico junto a un imperioso deber de la voluntad, constituye el fundamento de toda su fecunda obra de filólogo.

Es el bien hablar —escribe— una de las más claras señales de la gente culta y bien nacida. (45). La tarea del filólogo tiende a conservar la pureza del idioma destruyendo las barreras que las diferencias dialécticas oponen al comercio de las ideas. A qué norma debemos todos sujetarnos? Si la razón escueta no lo pidiera, la necesidad nos forzaría a tomar por dechado de nuestro hablar a la lengua que nos vino de Castilla. Para Cuervo no hay ninguna nación americana, fuera de España, que pueda imponer sus idiotismos y recibir la aceptación general (46). En hacer lo contrario sólo militarían opiniones de orden político; pero en este negocio la historia tiene dado ya su fallo y todos debemos trabajar en la obra de la civilización común (47).

Por lo que hace a la doctrina del lenguaje en particular, Cuervo acoge dos principios fundamentales: el uso y la ciencia del lenguaje; aquél con propósitos de autoridad y ésta como esclarecimiento racional de hechos. Para el uso toma como principal punto de apoyo el Diccionario, su representante y el cual (uso) desde tiempo atrás es reconocido por todos como árbitro, juez y norma del lenguaje. En cuanto a la lingüística mira sus leyes como superiores en cierto sentido a la autoridad y su limitador. Finalmente, dentro de la lingüística se encuentran como guías luminosas la Etimología y la Gramática Comparativa. La coordinación de estas fórmulas predominantes concurren a explicar el pensamiento de Cuervo con relación al problema del uso. Con Cuervo, igualmente, éste quiere llegar a la categoría de algo riguroso y científico. (48).

El uso tiene un valor normativo, supuesto que impone al lenguaje una regularidad constante y cierta permanencia más o menos absoluta: es el uso que hace la ley. Por eso hay que separarlo del abuso que es elemento nocivo. El uso así entendido tiene tres notas: ser respetable, general y actual. En su orden hay que observar que la respetabilidad es acogida por razones culturales opuestas a razones vulgares; pero esta delimitación no es absoluta, ya que a la esfera de las personas educadas puede trascender algo de la esfera de las incultas "en circunstancias y lugares especiales". En este movimiento lo que predomina es la generalización de los giros antigramaticales y términos bajos, cuyo origen puede decirse: al aislamiento de los pueblos (olvido de vocablos) y a los continuos cambios sociales en diversos órdenes y jerarquías. Es de necesidad proscribir a toda hora lo que sólo por abuso ha logrado privar (49). Para ello, es preciso que antes el giro o el vocablo esté actualmente en uso. Por este aspecto no convienen ni la inoportunidad de las antiguallas ni las extravagancias de la moda. Un vocablo es anticuado cuando con ventaja se le ha sustituido por otro moderno; pero no lo son, en cambio, las expresiones vigorosas de los maestros del Siglo de Oro de la

lengua que, olvidadas quizás por incuria, no han caducado definitivamente y cuya intromisión atinada acarrea al estilo grande fuerza y majestad (50).

Para usar de esta licencia requiérese buen sentido y gusto depurado; de manera que no se agrupen en un periodo todas las voces o giros castizos del XVI, pues ello equivaldría a traicionar el espíritu de los autores. Estos obraron siempre teniendo delante de los ojos la naturaleza; y así llegaron a producir la perfección escogiendo en ella lo más expresivo y lo más puro, para crear conjuntos notables y armónicos. En consecuencia, el estudio de los clásicos con fines idiomáticos o de estilo, debe ser discreto y no exclusivamente arqueológico. He aquí el uso del arcaísmo. En cuanto al neologismo, es una extravagancia de la moda que desfigura la lengua con frases y voces exóticas o estrafalarias. El neologismo es de necesidad imprescindible y por fuerza ha de venir, ya que la lengua no es cosa muerta y crece siempre mirando al sol del progreso. Cada época es eclógica con respecto a la precedente. De ella habí repudiado el neologismo de construcción. Cuervo, ahora, exalta el neologismo cuya aceptación diariamente reclaman el vuelo de las ciencias y las artes y la entrada de nuevos usos y costumbres. Este neologismo hay que saberlo interpretar y acomodar al genio del idioma, rechazando en cambio muchas formas disfrazadas con los vestidos griego o latino. En conclusión: el uso respetable, general y actual, según se manifiesta en las obras de los más afamados escritores y en el habla de la gente de esmerada educación, es el que ha de reconocerse como legislador de la lengua y el que ha de representar el Diccionario y la Gramática cuando son fieles a su instituto (51).

El uso, en una acepción general y mirando analíticamente, no es una fuerza ciega ni caprichosa, y por eso no son suficientes muchas veces la autoridad de los lexicógrafos y buenos hablistas. Siendo el uso algo así como el espejo de la lengua, y obedeciendo los pueblos en la formación de los vocablos, en la generación de las acepciones y en la armazón de las frases a leyes admirables, se comprende bien que el uso debe participar de la acción de esas leyes y que por consiguiente es susceptible de ser explicado o conducido de una manera casi teórica. Ahora: es la lingüística o ciencia del lenguaje la que estudia dichas leyes; de donde se desprende que ella, y no otra, es la base verdadera de la gramática general, la cual, moviéndose por un criterio superior en cierto sentido a la autoridad y su limitador, se sobrepone a la norma usual. En una palabra, la lingüística o ciencia del lenguaje y el uso o corriente viva del idioma "por punto general se dan la mano y mutuamente se sustentan" (52). Y de aquí hay que deducir, en opinión de Cuervo, la necesidad de conocer a fondo las lenguas clásicas y modernas; porque con las unas se aprende a distinguir los elementos y con las otras a comparar expresiones nuevas que casi siempre son a modo de caminos que llevan a las concepciones del entendimiento. Punto de vista fecundo,

no sólo para la ciencia sino para la cultura en general; pues toda lengua que no sea la propia imprime un nuevo modo de pensar y abre las puertas para penetrar en los dominios de pueblos y civilizaciones extraños. Cuervo recordaba en esto, con razón, a Goethe (53).

Dentro de las ciencias modernas la Etimología es la que quizá tiene conquistado puesto más preeminente en el vasto campo de las lenguas. Pero la etimología habíase reducido durante mucho tiempo a explotar semejanzas casuales o analogías más o menos fundadas. La gramática comparativa le ha devuelto su prestigio o, mejor, la ha colocado en su verdadero sitio, haciendo de ella el mejor guía en las investigaciones lexicológicas. Ella ha permitido, tras un examen escrupuloso, la clasificación de las lenguas por familias y la delimitación de cada una, dentro de la cual puedan compararse los vocablos pertenecientes a ella. Un tercer principio que ayuda notablemente a explicar y desenvolver las leyes de la derivación es el estudio del lenguaje antiguo y los dialectos "que vienen a ser medianeros entre la lengua madre y el uso moderno y clásico, y muchas veces dan eslabones que faltaban para completar la tradición y tocar el origen" (5).

—III—

EL USO EN LA LINGÜÍSTICA MODERNA

Bibliografía: **Karl Vossler**, Positivismo e idealismo en la lingüística, El Lenguaje como creación y evolución, aparecidos en Heidelberg en 1,900 y 1.905, y traducidos al español, Madrid-Buenos Aires en 1.929 por J. Francisco Pastor. - Del mismo, Filosofía del Lenguaje, Ensayos, traducción y notas de Amado Alonso y Raimundo Lida. Edit. Losada, Buenos Aires, 1.943. - **Amado Alonso**, El Problema de la lengua en América. Espasa Calpe, Madrid 1.935. - **Henri Delacroix**, Le Langage et la Pensée, deuxième édition. Paris, Félix Alcan, 1.930. - **Ch. Bally**, El Lenguaje y la Vida, traducción de A. Alonso. Edit. Losada, 1.941. - **Bourciez**, Elements de Lingüistique Romane. París, 1.910. - H. Paul, Principien der Sprachgeschichte, zweite auflage, Halle 1.886. - **Félix Restrepo S. J.**, Diseño de Semántica General, Barcelona, 1.917.

Una cuestión muy agitada en la segunda mitad del pasado siglo fue la de si la lingüística entraba en el dominio de las ciencias naturales o en algún otro orden de los conocimientos y la cultura humana, Max Müller y Schleicher, entre otros, se acogían a la primera tendencia, mientras Steinthal participaba de la segunda con un psicologismo lingüístico. Había calado tan hondo esta cuestión que Croce dice (55) cómo las polémicas acerca de la índole de la lingüística hallaban eco en las polémicas acerca de la índole de la estética. No faltaron quienes, como el alemán Curtius, adoptaron una posición ecléctica. Quién —decía éste— puede negar que el método de que se sirve hoy la lingüística no sea semejante al de las ciencias naturales? Pero, por otra parte, hay en la vida del lenguaje puntos que escapan a este método. Tal es el dominio entero de la sintaxis, y también el origen, la fijación y la ramificación de las acepciones de

las palabras. Aquí, cualquiera que sea el esfuerzo que se haga para llegar a la exactitud y la precisión, no podrá pasarse de un método sintético que proceda por tanteos y se asemeje mucho más al del historiador. Curtius no se muestra muy seguro: El rasgo esencial de la ciencia del lenguaje es ser una ciencia histórica (56).

Por otra parte, la lingüística afrontaba el empuje de las ciencias psicológicas (57). Hermann Paul, con sus *Principien*, se adentraba en esta corriente (58) que, indecisa, él, según Rickert, enriqueció al estudiar el lenguaje con un método cultural, poseído de un sentido penetrante de investigación (59). Sin embargo, es el mismo Rickert quien, en su obra *Ciencia Cultural y Ciencia Natural*, ha demostrado cómo la concepción cultural de Paul era demasiado amplia por cuanto que como característica de la cultura colocaba el factor psíquico, sinónimo de limitación frente a los objetos de la ciencia natural (60). Naturalismo, historia, psicologismo y sus ramificaciones y divisiones, he allí un fenómeno de cruzamiento de métodos y sistemas, cuyas capas, unas veces caóticas y otras matemáticamente conformadas, contribuyen a hacer de la ciencia del lenguaje el juego más vistoso de las ideas del siglo XIX.

Un hecho se destaca sin embargo. La etapa positivista, como la ha llamado el profesor F. Romero, acaba de invadir con su frenético credo de los puros hechos los dominios de la investigación (61). Sobre este fondo o ingrediente ineludible el naturalismo, que tenía sus raíces filosóficas en el evolucionismo y el positivismo darwiniano (62), absorbió el espíritu de casi todos los analistas del lenguaje, dando margen a que éste entrara también por los carriles del transformismo. El naturalismo filosófico tomó para sí el cariz evolucionista, y supuesto que las lenguas se equiparaban a los organismos vivos, la lingüística, igualmente, fue decididamente evolucionista (63). Existe un evolucionismo lingüístico que debería ser cuidadosamente separado de toda especie que se le asemeje. La funesta predicción de Cuervo, gracias a la cual el castellano en América puede tener un porvenir ineluctable y luctuoso, reconoce como origen la idea de una lengua cuyas sucesivas modificaciones, en el individuo y en la comunidad, obedecen a la organización biológica que le anima y sostiene y cuya evolución, en el tiempo y en el espacio, se cumple tarde o temprano fatalmente (64). A esta misma especie evolucionista pertenece la lingüística románica de Bourciez cuando funda la evolución particular de los sonidos (*évolution des sens*), que se transforman inconsciente o gradualmente, en el hecho general y *a priori* de una "*évolution du langage*" (65). No hay para qué insistir sobre el carácter filosófico del naturalismo cuando, para sus conclusiones, se apoya en un positivismo, "autocrático y radical" (66).

De estas ideas se desprende para la consideración del uso en la lingüística una consecuencia importante. Una vez que el criterio conforme al cual la lengua es un organismo, se ha postulado como científico y que por él la investigación ha tomado una particular conformación, se ve claro que el sometimiento del uso a la lingüís-

tica tiene que estar por fuerza incluido en la misma metodología de la ciencia. Resulta, pues, que ya se le observe empíricamente como una corriente del lenguaje o bien, que ésta corriente pueda interpretarse conforme a las leyes o lo que es más decisivo aún, sea ella misma la portadora de la evolución orgánica, siempre habrá de considerársele naturalística y positivísticamente. Se le adscribe a la lengua como algo que es inseparable de ella y que funciona, no obstante, como categoría y entidad independiente. Y dentro de la evolución del lenguaje sus distintas fases o estados, que deberían también desarrollarse según los supuestos imaginados, se esquematizan automáticamente apenas la expresión ha salido de su origen para concentrarse en la forma concreta o escritura. El arcaísmo, el neologismo, se convierten así no en fenómenos expresivos de valor equivalente al de la expresión actual, sino en esquemas muertos, en fósiles testimonios de la organización y evolución del lenguaje; cuando la verdad es que, según lo ha demostrado Vossler, no existen propiamente ni el uno ni el otro. Lo convencional y sintáctico fue antes, casi siempre, individual y estilístico. La conexión en el discurso hace que tales elementos cobren su auténtica pureza y prestigio (67).

En oposición a esta consideración positivista del uso cabe, creo yo, una consideración idealista. Daré aquí solamente un bosquejo más o menos general y completo.

La importancia trascendental de la aparición en 1.902 de la *Estética* como *Scienza dell'espressione generale*, de Benedetto Croce, reside en el hecho de haber vuelto por la esencial condición del espíritu y de haber postulado como principio fundamental y primario los derechos de la intuición pura en el campo de la filosofía y del arte. Frente al conocimiento lógico, intelectual o conocimiento de lo universal, expresó Croce el conocimiento de la fantasía, particular e individual, como proceso realizado por la intuición. Y aislándola de cualquiera otro fenómeno semejante de conocimiento (percepción, sensación, asociación, representación), llegó finalmente a la identificación de lo intuitivo y lo expresivo como forma del conocimiento teórico independiente y autónoma respecto a la función intelectual (68). Esta identificación condujo a Croce a establecer el dominio de la expresión como dominio unitario del lenguaje y del arte; en otras palabras, a establecer una ciencia de la estética como lingüística general. Los problemas de la una son los problemas de la otra, y por este aspecto el lenguaje es considerado como fenómeno intuitivo y creador. Es, por su origen, creación espiritual, no asociación. Hasta la producción de nuevas palabras, por variación y ampliación de su significado, reconoce un procedimiento de génesis individual. Por ello la expresión es un todo indivisible; el nombre, el verbo, son abstracciones que destruyen la única realidad lingüística, la proposición. La Gramática normativa no puede establecerse so pena de contradecirse. Una técnica de lo teórico es un absurdo. Sólo hay una gramática empiro-pedagógica y lo que que-

da, fuera de ella, es una historia de las lenguas en su realidad viviente, la historia de las producciones literarias concretas. La Gramática —escribe—, ese algo gramatical, lleva a las inteligencias el prejuicio de que la realidad del lenguaje consiste en palabras aisladas y combinables, nó en discursos vivientes, en organismos expresivos, realmente indivisibles (69).

Puede, pues, en virtud de las ideas anteriores plantearse lo siguiente: es preciso admitir el lenguaje como expresión, esto es, como hecho estético para que, elevándonos a impresiones ordinarias se llegue también, igualmente, a la génesis de expresiones nuevas (70). El uso, esa corriente implícita en el organismo de las lenguas y cuyos términos, más o menos conexamente indicados por Littré son el arcaísmo y el neologismo, permite gracias a ello ser interpretado como creación, esto es, algo activo, y no como desarrollo, como fenómeno dado, pasivo e inactual. Desde el momento en que no se admite el uso como una creación, que obedece a necesidades psicológicas individuales no se puede, ni explicar sus cambios, ni mostrar su último principio espiritual. Además se cae en el error de separar hechos que, como el arcaísmo y el neologismo, pregonan una actividad unitaria creadora, algo constante, inmanente y trascendente. Pues no hay palabra que no obedezca a una necesidad interna de expresión. Por tanto, es preciso buscar el origen de la expresión en una impresión dada que abarque la plenitud del acto creador. Ahora bien; este acto de plenitud no es otro que el lenguaje. El lenguaje es expresión, esto es, creación (71). Y la lingüística puede resumir su tarea en la aplicación de la facultad intuitiva, su base, a la finalidad de la investigación teórica objetiva (72). Así, seguramente, el método corresponde al objeto.

Admitido que el lenguaje es creación sucede que el uso, identificándose con él, también lo es. Un uso, cualquiera que sea, es un modo de hablar o de escribir en la lengua general. De aquí que el uso no pueda ser otra cosa distinta del estilo. Se abrá apenas sustituido una palabra por otra? De ningún modo. Entonces qué es el estilo? Estilo —dice Vossler— es el lenguaje individual diferenciado del general. Y el lenguaje general —según el mismo— no es en el fondo otra cosa que la suma aproximada de todos, o al menos, todos los más importantes, modos de hablar individuales (73). Vossler agrega que el uso del lenguaje como convención, esto es, como regla, es objeto de la sintaxis; mientras, por el contrario, el uso del lenguaje como creación individual es objeto de la estilística (74). Pero, es posible la existencia de un uso como convención y otro como creación? La unidad del fenómeno expresivo parece no aceptarlo.

El uso en cuanto creación individual es objeto de la estilística, se ha visto. Pero a qué debe darse el nombre de estilística, y cómo se llega a su formulación sistemática? (75). Basándose en la tesis de que solamente el arte es intuición pura, Vossler distingue los demás conocimientos teóricos como conocimientos comproba-

bles críticamente con la realidad. La historia, conocimiento de lo individual, es intuición artística; pero los hechos, en su realidad concreta, constituyen su prueba. Sólo el arte no tiene esta limitación o condicionalidad. Sus productos están confrontados y comprobados por ellos mismos. Todo lo que se da en la actividad teórica, considerado como fenómeno, es arte; el proceso espiritual tiene su exteriorización mecánica en la fijación técnica de la expresión. Cuando la actividad teórica pura hace de la realidad un conocimiento histórico o natural, entonces los elementos prácticos se introducen en la naturaleza y originan, en el ámbito histórico el concepto de evolución, y en el ámbito de la naturaleza el de ley. El lenguaje es, pues, actividad puramente teórica, intuitiva e individual, arte. Ahora: si el lenguaje se produce para servir a una finalidad práctica que se apoye en lo colectivo deja de ser, por este aspecto, actividad pura para convertirse en creación condicionada: La creación condicionada es evolución. No evoluciona, por tanto, el lenguaje como actividad pura sino como forma práctica. En consecuencia, toda creación lingüística posee necesariamente su valor artístico y este valor puede ser total, íntegro, perfecto, o bien fragmentario, incompleto, imperfecto. En cuanto reside un valor en el fondo de cada creación expresiva, existe una crítica artística que recrea las formas en su génesis, en su pura naturaleza, valorándolas. Si se deslindan estos hechos puede concluirse: el lenguaje condicionado por necesidades empíricas evoluciona. El estudio de esta evolución concreta lo verifica la lingüística histórica; el lenguaje incondicionado, como actividad teórica pura, carece de evolución; es naturaleza espiritual y la ciencia que estudia y debe estudiar sus formas en tanto formas artísticas es la Estilística (76).

La Estilística, pues, resuelve a mi modo de ver el problema del uso, haciendo que las formas concretas del lenguaje entren en una consideración de éste más libre y también más espiritual, y sin que dichas formas vuelvan a ser tomadas como meros elementos morfológicos sino como unidades expresivo-espirituales surgidas de un acto creador. Y no se ha avanzado lo suficiente pregonando que la frase es la unidad lingüística por excelencia, hasta tanto no se la describa como una parcela expresiva que sólo tiene sentido en la totalidad del discurso. Y algo más: hasta tanto el discurso no descubra el interés personal (aspecto subjetivo) o el interés ideal, móvil primario (aspecto objetivo) que regula toda fase parcial y confiere en definitiva a la palabra aislada su unidad lingüística especial.

El análisis del lenguaje de Bourciez, tomado como modelo de la lengua latina de César o Cicerón (mediados del s. I a. de C.) marcha sobre postulados que, de seguirse consecuentemente, ordenarían el material lingüístico en forma distinta, más satisfactoria tal vez. Pero el lenguaje no es, en su simple aspecto material y en su repercusión sensible, solamente algo psico-fisiológico. Lo material —acústico— se sale ya de las categorías psicológicas o físicas pa-

ra sumergirse en el dominio de las fuerzas espirituales individuales. Y aun cuando fisiológicamente la frase sea una sucesión de sonidos de intensidad y elevación variables, y aun cuando intelectualmente consista en la comunicación de un pensamiento completo, en ambos casos, lo fisiológico tanto como lo pensado, desborda en sus cauces esquemáticos. Además; el pensamiento, como mero pensamiento, no denota lo suficiente, ni tampoco caracteriza, la verdadera naturaleza de la frase. Fonéticamente, la individualización de grupos fónicos por el acento, de ninguna manera puede reflejar la íntima esencia de la palabra, aunque sirva para limitarla gráfica y sonoramente. Es necesario penetrar hasta el móvil espiritual último y buscar allí la coloración mental y tonal de la palabra, para dar luego con la curva total de la frase en su legítimo sabor lingüístico, honda y radicalmente espiritual.

Por eso Bourciez, sintiendo como ideal la frase, vuelve a la gramática y descompone, mediante el análisis, un pensamiento en elementos; gracias a lo cual sigue conservando el esquema de las siete categorías, (esquema mínimo). Pero un detalle pone de manifiesto que no valen las consabidas clasificaciones gramaticales. En efecto: la interjección es de tal naturaleza que el mismo Bourciez la descarta por ser de "naturaleza especial". Y es que la coherencia de los miembros deja por fuera la esencia del fenómeno expresivo, y la incoherencia de un elemento gramatical revela también la peculiar índole de la frase. Ello se debe a que las relaciones lingüísticas trascienden todo elemento, todo miembro, toda agrupación, en cuanto ellos son miembros, agrupaciones y elementos.

Fernando Antonio Martínez

— NOTAS —

(1). - Introducción a la Ciencia del lenguaje, pag. 4.

(2). - Ver Croce, Ob. Cit. pags. 224-5.

(3). - Ver Aristotle's Treatise on Rhetoric Oxford. 1.833.

(4). - Según Cejador, ob. cit. el término Théseí por Nomoo es una invención de los Alejandrinos y denota, en su significado histórico, la contraposición a la seriedad platónica que tiende, ante todo, a la búsqueda de un creador del lenguaje (Nomothetees); mientras para aquellos Physis es el lenguaje actual y Thesis su significación, su Ethos o uso (págs. 12-13).

(5). - Ver Cejador Ib. págs. 15-16.

(6). - Ver Croce, ob. cit. pags. 226 y sigs. - P. Barth, ob. cit. Sec. III, Cap. 3º pags. 133-143.

(7). - Ver Croce, Ob. cit. pag 392.

(8). - Ver Humboldt, Essai sur les langues du Nouveau Continent, pag. 302 III Band.

(9). - Humboldt, Ib. pag. 306.

(10). - Humboldt Ueber das Vergleichende Sprachstudium in Beziehung auf die verschiedenen Epochen der Sprachentwicklung. IV Band.

(11). - Humboldt, Grudzüge des allgemeinen Sprachtypus. V. Band pag. 374.

(12). - Humboldt, Ueber die Verschiedenheit des menschliches Sprachbaues VI Band. pag 120.

(13). - Humboldt, Ueber die Versch. pag. 169-71.

(14). - Humboldt, Ueber die Versch. pag. 182.

(15). - Humboldt, Ueber die Versch. pag. 183.

(16). - Humboldt, Ueber die Versch. pag. 121.

(17). - Ver Croce, Ob. cit. pag. 398.

(18). - Las citas están hechas sobre el ejemplar publicado en la Colección Samper Ortega.

(19). - pag. 57.

(20). - pags. 17-53.

(21). - pags. 57-132.

(22). - pag. 57.

(23). - pag. 59.

(24). - Para que se forme una idea clara del uso según Littré véase su doctrina aquí resumida. La idea principal —idée mère— es (se refiere a su Dictionnaire de la Langue française) abrazar y combinar el uso presente de la lengua con su uso antiguo, a fin de dar a aquél toda la plenitud y la seguridad que soporta. Esta concepción obedece a lo siguiente: a la semejanza de locuciones que ofrece el viejo francés o lengua del "oíl" con el francés actual. Ahora: el pasado de una lengua lleva al espíritu la noción de su porvenir. Sobrevienen tales cambios de sus orígenes a la edad actual, que el uso imprime a la lengua el carácter de extraña —étrangère—. Con la diferencia

que esta extrañeza no está falta de encanto, pues comprendemos su finura, elegancia y belleza. Mas el estilo de un siglo se va superponiendo sobre un uso anterior; así, el del siglo XVII o edad de oro francesa, supone uno anterior; el del XVIII se innova sobre aquél y el del XIX sobre este. En medio de esta evolución se advierte la invasión del neologismo, ora en las palabras, ora en sus significaciones, ya en sus giros. El neologismo es posible en la medida de la duración de las lenguas. Pero una lengua, llegada a un punto cualquiera de su desarrollo, no permanece estacionaria ni se fija, y ello porque el estado social cambia constantemente (siendo la lengua expresión de la sociedad, según Mme. Stael, De la Litt.) y con él las instituciones, las ciencias y los pueblos mismos. A esto sigue la necesidad de innovación estética de los escritores. Mas si el neologismo es necesario, necesario e indispensable es también el arcaísmo. El fondo de la lengua de hoy pertenece a edades anteriores. El arcaísmo, sanamente interpretado, es una sanción y una garantía.

El uso contemporáneo es el primero y principal objeto de un diccionario. Este objeto encierra la importancia del uso, que debe ser confrontado de manera tan completa como posible, aunque la labor sea por extremo delicada y difícil. Esta dificultad reside no poco en que hay locuciones que se dicen y no se escriben, mientras otras se escriben bien sin tener en su abono mayor autoridad. Aquí se pisa el terreno donde comienza a brotar el neologismo que trabaja la lengua y no permite que se fije nunca en definitiva. En este momento, igualmente, debe comenzar la obra de la crítica distinguiendo lo que es bueno y prefiriendo lo que debe sobrevivir y perdurar. En conclusión: toda lengua viva que pertenece a un gran pueblo con un gran desarrollo de civilización, presenta tres términos: 1º, un uso contemporáneo que es el propio de cada período sucesivo, 2º, un arcaísmo que fue otro tiempo uso contemporáneo y que contiene la explicación de la clave de cosas subsiguientes y 3º, finalmente, un neologismo que, mal interpretado y conducido, altera; bien conducido desarrolla la lengua, y el cual también se convertirá un día en arcaísmo para ser consultado como historia y fase del lenguaje. - Tomo 1º Prólogo I - IV.

(25). - pags. 68-69.

(26). - 87.

(27). - Ob. cit. pag. 229.

(28). - pag. 89-104.

(29). - Disquisiciones Filológicas, tomo II pags. 205-266.

(30). - pags. 108-112-114.

(31). - pag. 121.

(32). - pág. 116.

(33). - Ver la noticia bibliográfica del Sr. Caro.

(34). - Ob. Cit. Introd. pags. 1-3.

(35). - Como el pensamiento de Suárez está indisolublemente unido al de Bello, véase la síntesis de las doctrinas de éste resumidas conforme al Prólogo de la Gramática: Un inconveniente tiene la composición de una Gramática: la prevención de que en ella las definiciones inadecuadas, las clasificaciones mal hechas, los conceptos falsos, carecen de inconveniente, siempre que por otra parte se expongan con fidelidad las reglas a que se conforma el buen uso. Pero estas dos cosas son inconciliables; el uso no puede exponerse con exactitud y fidelidad sino analizando, desenvolviendo los principios verdaderos que lo distinguen y dirigen; de allí que una lógica severa sea indispensable requisito de toda enseñanza, y conviene por eso no acostumbrar el entendimiento a pagarse de meras palabras. Mas aunque los signos del pensamiento obedezcan a ciertas leyes generales, que derivadas de aquellas a que está sujeto el pensamiento mismo, dominan a todas las lenguas y constituyen una gramática universal; no por eso debemos trasladar ligeramente las afecciones de las ideas a los accidentes de las palabras. En el lenguaje lo convencional y arbitrario abarca mucho más de lo que comunmente se piensa. Los caprichos de la imaginación, y mil asociaciones casuales, producen grandísima discrepancia en los medios de que se valen las lenguas para manifestar lo que pasa en el alma: discrepancia que va siendo mayor y mayor a medida que se apartan de su común origen. No siempre una innovación es aporte de cosas nuevas, en veces es restauración. En este caso, preciso es aceptar las prácticas como la lengua las presenta; sin imaginarias elipsis, sin otras explicaciones que las que se reducen a explicar el uso por el uso. El uso es anterior a cualquiera especulación metafísica; la abstracción ideológica puede contradecirlo, y entonces es inaceptable aunque se remonte sobre la práctica del lenguaje. La filosofía de la gramática se reduciría a presentar el uso bajo las formas más comprensivas y simples. Fundar estas fórmulas en otros procedimientos intelectuales que los que real y verdaderamente guían al uso, es un lujo que la gramática no ha menester. Sin embargo, el uso tiene procedimientos intelectuales que real y verdaderamente le guían. Estos procedimientos son equivalentes del valor preciso de las inflexiones y las combinaciones de las palabras, y son objeto necesario de averiguación. En este sentido la gramática es racional o filosófica, y su labor debe llegar después de que el diccionario ha dado el significado de las raíces, para exponer el valor de inflexiones y combinaciones, no sólo naturales y primitivas, sino secundarias y metafóricas, siempre que hayan entrado en el uso general de la lengua. Existen ciertas formas y locuciones desaparecidas de la lengua corriente; pueden resucitarse perfectamente, ora porque sea necesario acudir a ella o porque son imprescindibles para el conocimiento de una fase del lenguaje. Mas es preciso anotar el uso impropio que se hace de ellas o las interpretaciones erróneas que se les dan. El adelanto de las ciencias y las artes modifica los idiomas. En este punto es preciso evitar la introducción de vocablos flamantes, acepciones nuevas y sobretudo el neologismo de construcción. Es este el que puede dar origen a idiomas futuro y destruir la unidad

de la lengua. A esto no se opone el uso de prácticas castizas americanas cuando tienen en su abono los procederes ordinarios de la derivación que el castellano reconoce. - Prol. Edic. cit. I-VIII.

(36). - La definición dada por Bello es la siguiente: La gramática de una lengua es el arte de hablarla correctamente, esto es, conforme al buen uso, que es el de la gente bien educada. Introd. pág. 24. Ver también Nociones Preliminares, I (1), pág. 1 de la ed. cit.

(37). - Gramática est ars proprie eleganterque loquendi probatorum auctorum usu et auctoritate confirmata. Ver Suárez Estudios, pág. 24.

(38). - Ob. cit. especialmente nota 1.

(39). - Gramática, Nociones Preliminares 1-2 (a), pág. 1.

(40). - Ob. cit. pág. 26.

(41). Pág. 27.

(42). - H. Patin. De Horace et de Virgile, en la Colección de Autores Latinos publicada bajo la dirección de M. Nisard.

(43). Ob. cit. pág. 29.

(44). - Ib. pág. 33, nota 3.

(45). - Prólogo I, I. (El número primero indica la parte, el segundo la página).

(46). - II, III. Todo parece indicar que el estado actual de cosas no favorece la imposición, de o sujeción a España en materias de lenguaje. El eminente filólogo Amado Alonso lo ha presentido así y en un estudio (Nación de Bs. Aires, agosto 11, 1.940): De cómo se cumplirá el influjo argentino en la lengua general, ha expuesto puntos de vista demasiado objetivos para no ser aceptados.

(47). - II, IV.

(48). - V, VII, V, XIII, V, XIV.

(49). - V, IX.

(50). - V, X.

(51). - V, XI.

(52). - V, XII y XIII.

(53). - V, XIII.

(54). - VI, XIV y XV.

(55). - Croce, ob. cit. Parte 1ª. pág. 196.

(56). - La cronologie dans la formation des langues Indogermaniques. Trad. de M. Bergaigne, París, A. Franck, 1.869. En la Biblioteca de la Escuela de Altos Estudios. Ciencias filológicas e Históricas, pág. 14.

(57). - Croce, ob. cit. pág. 196.

(58). - Ib. págs. 397, 400. 2ª Parte.

(59). - Ver H. Rickert: Ciencia Cultural y Ciencia Natural. Trad. de M. G. Morente, Calpe, Madrid. Biblioteca de Ideas del Siglo XX, págs. 11-12.

(60). - Rickert, ob. cit. págs. 26 y 113. Véase de Croce también, ob. cit. págs. 474 y 476. Como una introducción al problema filosófico implicado aquí, véase el ensayo de mi amigo el Prof. Rafael Carrillo Transformación de la Realidad. De Vossler, El Positivismo e Idealismo en la lingüística, págs. 124 y 127 de ed. cit.

(61). - Actualmente en el libro Filosofía de la Persona, Edit. Losada. Bs. Aires, 1.944.

(62). - Consúltese de Amado Alonso, El problema de la lengua, pág. 104.

(63). - Vossler, ob. cit.

(64). - La parte más rectificable de Cuervo, en este sentido, la ha hecho notoria en su obra citada Amado Alonso.

(65). Elements de Lingüistique Romane. Introd. págs. 14 y 15.

(66). - Positivismo e Idealismo de Vossler, pág. 14.

(67). - Positivismo e Idealismo, pág. 23.

(68). - Primera Parte, pág. 47 a 58.

(69). - Primera Parte, Cap. XVIII, págs. 193 a 204.

(70). - Ib. pág. 198.

(71). - Ibid. pág. 203.

(72). - Vossler. Positivismo, pág. 11.

Fernando Antonio MARTINEZ

(73). - Ib. pág. 23.

(74). - Ib. pág. 23.

(75). - Ib. El lenguaje como creación y evolución, pág. 121.

(76). Ib. pág. 173.

(Especial para "Universidad Católica Bolivariana")